

Del último Congreso Socialista

Aunque Teodomiro Méndez dijo en la última sesión del Congreso socialista que se ha celebrado en Madrid que se retiraba de la Asamblea y que estaba dispuesto a marcharse del partido, esta doble y radical determinación duró menos que la vida de una rosa. Teodomiro, según nos dice «El Liberal» se quedó. Se han quedado todos y cada cual en su puesto. Largo Caballero, en el Consejo de Estado, y los concejales corporativos, en sus escaños de los Ayuntamientos nombrados por la dictadura. Bien es verdad que Largo Caballero aseguró, en su discurso, que no se había retirado nunca, que no se había hecho uniforme y que ni su mujer ni sus hijas habían ido jamás a ningún baile de Palacio. De la lectura de la referencia se ve que esta determinación anticoreográfica producía verdadera sensación en la asamblea. Claro es que no se discutían la afición al baile de nadie, sino la conveniencia o no de que un partido de la significación ultrademocrática del socialista acepte puestos que sean de elección popular, de esas elecciones que si hemos de creer a Prieto no ganan jamás los partidos, porque por pereza racial carecen de hombres y, por lo tanto, de votos, sino los simpaticantes confiados y alegres. Y en este punto, en el de aceptar puestos, se manifestó el Congreso socialista verdaderamente magnánimo. Acordó que si por cerca de 6.000 votos contra unos quinientos. Como declinamos antes no sólo se queda Teodomiro. Nos quedamos todos.

También se quedó Indalecio Prieto, decidido a irse, en un gesto en consecuencia con la radical tendencia de su criterio en materia de colaboración con la dictadura y a pesar (y esto es lo

más grave) de que la papeleta de votación de la Federación Vasco-navarra, de la que Prieto es uno de los delegados, se fué tranquilamente con los que votaron en favor de la continuación de los concejales corporativos y le dejó a él por puertas y sin otro consuelo que el de poder recoger la vaga mirada de la opinión izquierdista española, que, difusa y todo, se bebe los vientos por aliarse con el partido socialista, para ver si le hace éste la revolución que ella necesita con verdadero apremio.

Tuvo, sin embargo, sobradísima razón el señor Prieto al maravillarse de la incongruencia que le dejaba en tal soledad y postura. Porque es lo cierto que mientras la papeleta de la Federación Vasco-navarra se iban con los que pedían y han conseguido que los concejales corporativos socialistas sigan en los Ayuntamientos y acepten cuantos puestos nuevos se les ofrecen, las entidades que forman esa Federación rechazaron, en su tiempo, los cargos de concejales corporativos que les fueron ofrecidos.

Como lo cortés no quita a lo valiente, y es lo cierto que se puede trabajar perfectamente mientras se chupan las más excelentes brevas, el partido socialista español en la sesión de clausura de su Congreso, y al tratar del problema de los alianzas políticas, aprobó por unanimidad, a pesar de lo de las pistolas con que había que defender la cueva deliberante del asalto de los republicanos, la siguiente ponencia llamada de táctica:

«El Partido Socialista Obrero Español, que no acepta ninguna situación basada en la arbitrariedad y en la supresión del libre ejercicio del control y la crítica, trabajará constantemente porque en España se establezca una normalidad constitucional, dentro de la cual se

encuentren garantizados aquellos derechos mínimos inherentes a la práctica de la ciudadanía».

Manteniendo su decidida actitud para el logro de dicho fin, el Partido Socialista Español por la virtualidad de su misma doctrina y a defensa de los intereses de la clase trabajadora, hace constar que toda acción seria y eficaz encaminada a asegurar al país un régimen de plena libertad encontrará en el partido la adhesión adecuada al grado de toda transformación democrática.

Al Comité Nacional corresponde, por esta autorización del Congreso, el examen de cada caso y la decisión oportuna.»

Es decir, que el Comité, por su cuenta y sin dar más noticias al partido puede llevar, cuando le parezca conveniente, a las masas a alianzas políticas encaminadas a asegurar al país lo que los socialistas llaman un régimen de plena libertad, y que queda reducido, cuando el socialismo triunfa, como en Rusia, a establecer la dictadura del proletariado, a suprimir la Prensa que no sea del partido, a segar el voto al «burgués» y a perseguir al enemigo hasta no dejar de él ni la sombra de un recuerdo.

Y después de todo eso, cuando se le va a preguntar por la libertad, contesta, como contestó Lenin a los socialistas españoles que fueron a visitarle, según nos aseguró el señor Prieto en una conferencia que dió en *El Sitio*.

—¿La Libertad?... ¿Y eso, para qué sirve?

Fracaso del método educativo soviético

Moscú.—«Investiga el órgano del gobierno soviético pública el presupuesto oficial del año próximo financiero para las es-

cuelas de primera y segunda enseñanza y superiores, así como una comparación de los presupuestos actuales y pasados añadiendo el comentario de que, a pesar de todos los esfuerzos la educación continúa a más bajo nivel que antes de la revolución. El diario escribe:

«Es necesario reconocer definitivamente que las cifras no reflejan ninguna revolución educativa. No se ha adoptado ninguna medida radical para extirpar una serie de manifestaciones anormales en la obra educativa. Todos los niveles en el «frente» de la educación continúan siendo mucho más bajos que los de antes de la revolución.»

La Iglesia en favor del obrero

Celebrando la Gran cruzada emprendida en la Argentina por los católicos para poner su diario «El Pueblo», a la altura de las modernas exigencias periodísticas, el Sr. Obispo de Cuyo ha puesto de manifiesto el enorme esfuerzo moral y material que el catolicismo argentino hace en beneficio del pueblo y que aparece nuevo a los ojos de éste por obra y gracia de los que no le benefician pero llenan diarios todopoderosos para ennegrecerlo y hundirlo:

«Nuestras obras de beneficencia en toda la República son innumerables; la obra educacional de nuestros colegios, escuelas y asilos, sencillamente admirables; las asociaciones obreras y culturales de muy positivos beneficios; y, sin embargo, el hijo del pueblo, aun el que cada día recibe el litro de leche o el kilo de carne de la Conferencia Vicentina, el cuidado materno de la Hermana de Caridad en el Hospital o la enseñanza y el cariño en el colegio católico, ese hijo del pueblo, sigue mirando con recelo y acaso odia al sacerdote, a la Iglesia, al Jesuita, porque la prensa que los hijos de las tinieblas han sabido hacer rica, desfillo, día a día sobre su alma el virus del odio por la calumnia constante o por el desdén sistemático y calculado hacia esa obra magnífica del catolicismo.»